

## FICCIONES PARA COMPRENDER EL PATRIMONIO

MARTA GARCÍA DE CASASOLA GÓMEZ

### Reseña de “El culto a la memoria”

*Ética y estética*

Ignacio González-Varas Ibáñez

Madrid: Ediciones Cátedra, 2023

A lo largo de su prolífica trayectoria, el profesor González-Varas no ha dejado de pensar sobre la cambiante conceptualización del campo del patrimonio porque, tal y como apuntaba Françoise Choay, el patrimonio es un concepto nómada.

La preocupación por ofrecer, generosamente, principios, normas, teorías, conceptos, ideas, debates, problemas..., todos ellos términos presentes en los títulos de sus libros más relevantes, le ha llevado a convertirse en una referencia obligada para cualquier investigador dedicado al patrimonio.

El planteamiento que ahora llega a nuestras manos profundiza en una de las cuestiones más relevantes y a la vez complejas: el papel que la memoria desempeña en la significación del patrimonio en un momento, el presente, en el



que lo participativo se ofrece como respuesta al giro social al que se ha visto sometida la teoría cultural en el último cambio de siglo. Una tarea difícil para la que aún no se han articulado los mecanismos necesarios capaces de generar una construcción social, el patrimonio, desde abajo hacia arriba, superados en cualquier caso los prejuicios iniciales que situaron el debate en manos de la élite y que todavía hoy resuenan a lo lejos.

Este *Culto a la Memoria* tiene sus antecedentes en los debates generados en el marco de la Maestría en Patrimonio Cultural impartida en la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Lo que permitió al autor publicar en 2021 el N°3 de *DIÁLOGOS EN PATRIMONIO CULTURAL* bajo el título “La cultura de la memoria y la expansión del patrimonio cultural. Algunas encrucijadas actuales”. Una reflexión crítica y abierta que aporta matices sobre el proceso expansivo del concepto de patrimonio cultural especialmente afectado por todo lo que tiene que ver con la cultura de la memoria.

En este contexto reflexivo, tres ideas sirven para aclarar algunas cuestiones y situarnos frente a este debate, en torno al manejo de la memoria, liberados de prejuicios:

1. Lo histórico y lo cultural se complementan. El aparente deslizamiento de la noción del patrimonio desde un enfoque histórico a uno culturalista no es excluyente, sino que los dos interactúan en una temporalidad concreta que es la del “objeto patrimonial”. Una aproximación híbrida a la definición de lo patrimonial que es abordada por S. Marchán Fiz bajo el título “Patrimonio: resistir en la globalización”. Un texto adelantado a su tiempo que tiene su origen en una conferencia impartida en 2008 y que se publica en el número 20 de esta revista ASTRAGALO (2015). Una reflexión que, a través de la teoría del valor, introduce otros conceptos relevantes como la autenticidad y llama especialmente la atención sobre la importancia de la construcción de imágenes como superficies de significado. Una manera de proceder que tiene que ver con la incorporación de la perspectiva fenomenológica en los estudios culturales.
2. El holocausto representa un punto de inflexión, un antes y un después, en lo que respecta a la comprensión del papel que desempeña la memoria en el reconocimiento de lo patrimonial. La visión europeísta se complementa con la experiencia latinoamericana. Si la primera nos introduce en el mundo de la memoria del horror y en la necesidad de hacer justicia conmemorando la ausencia, la segunda se muestra experta en el manejo de las identidades de mano de la antropología y la sociología, fomentando procesos horizontales para la generación y el trasvase de conocimiento.
3. Las transferencias que llegan desde el arte hacia el patrimonio introducen la componente creativa en un campo de trabajo donde las transformaciones quieren ser mínimas y los procesos proyectuales deben argumentarse desde el conocimiento más riguroso. Recursos como la instalación, la valoración del fragmento o lo inacabado emergen como alternativas en el campo de la conservación del patrimonio.

Un escenario, en el que estamos situados, donde la preocupación de la sociedad ante el futuro debería estar centrada en “saber mirar desde una perspectiva patrimonial”. Un mecanismo de aproximación temporal en el que el pasado se hace presente y en el que la hermenéutica se ofrece como herramienta para tratar de comprender lo que nos rodea. De ahí la importancia de publicar esta reseña en este número dedicado a la “Teoría de la arquitectura como hermenéutica”.

Quizá la clave para entender este planteamiento está en reconocer el culto a la memoria como principal tarea del patrimonialista, tal y como plantea González Varas. Una memoria que es selectiva, que no renuncia a lo perceptivo y que debe ser capaz de gestionar un archivo de imágenes, casi como si fueran recuerdos que van y vienen formando parte de un imaginario que puede llegar a ser colectivo. En este contexto, el verdadero historiador se enfrenta a la tarea de *leer lo que nunca fue escrito*, como propone Cuesta Abad al revisar los textos de Walter Benjamin. Una tarea interpretativa, creativa también, en la que el pasado se escribe en cada presente.

Memoria, tiempo y autenticidad podrían ser los términos para redefinir la caracterización del escenario patrimonial contemporáneo, tres ficciones para interpretar e intervenir. Una propuesta que se presenta como arranque de una investigación propia en la que la palabra “ficción” sirve para abordar desde la contemporaneidad la cuestión de la interpretación del pasado. Se entiende tal y como lo propone Peter Eisenman en “El fin de lo clásico, el fin del comienzo: el fin del fin”, donde se describen las tres ficciones que han actuado como axiomática continua en la que fundar lo clásico-moderno: representación, razón e historia.

Partiendo de la definición de la Real Academia Española, el término ficción se asocia con lo que no es verdad, al mismo tiempo que se relaciona con lo que puede ser y no es, con la posibilidad, un significado próximo a lo virtual, algo que tiene que ver con una definición actualizada de la creatividad. El término goza por su extensión de un vaivén de significados, que hace difícil su manejo. Marc Augé –en el prólogo de su libro “Ficciones de fin de siglo”– responde a ese vaivén, reconociendo en su ambigüedad un mecanismo de organización de la realidad contemporánea, titulado a la introducción *Las ambigüedades conquistadoras de la ficción*. Es lo que G. Agamben, siguiendo a Foucault, ha pensado en su asignatura *Sobre el método* bajo el nombre de dispositivo.

“Ficciones” es además el título de una de las obras de Borges más conocidas que consta de dos partes, al tratarse de relatos agrupados en función de la fecha en la que fueron escritos. La primera parte, *El Jardín de los senderos que se bifurcan* (1941), consta de 7 relatos que culminan con el llamado asimismo *El Jardín de los senderos que se bifurcan*. La segunda parte, *Artifícios* (1944), consta de 9 cuentos entre los que se encuentra, según el prólogo realizado por el propio Borges, su mejor cuento, titulado *El Sur*.

¿Por qué titular este conjunto de relatos cortos con la palabra ficción? Parece que es un término que remite de nuevo al mundo de lo posible, permitiendo describir la realidad apostando por nuevas lecturas que incorporan una cierta relación con el acto creativo. Este juego casi metafísico con el que describir cosas a partir de otras, genera nuevas posibilidades en el que el futuro reconoce diversos porvenires a la vez que reconoce que el porvenir ya existe.

La memoria puede ser entendida como una nueva ficción de la contemporaneidad que, junto con otras como el tiempo o la autenticidad, se perfilan como mecanismos de comprensión de lo patrimonial, sin renunciar a la incorporación de otras nuevas que vengan a resolver demandas que surjan a partir de los diversos caminos, posibles, que puedan trazarse para construir cualquier acto interpretativo finalmente entendido como generación de *lo nuevo*.

Hay alusiones a esta idea del mundo como ficción en otras referencias de autores como Vilém Flusser, en las que se dice: *El mundo como un conjunto de puntos sin puntos centrales puede percibirse como una ficción, como modelo o proyecto de mundo* (2002: 12).

En el prólogo de la edición del libro de Flusser, “Filosofía del diseño”, Gustavo Bernardo, profesor brasileiro que ha desarrollado una tesis doctoral sobre este autor, apunta: *Las aproximaciones que Flusser promueve entre los campos del arte y la técnica producen una especie de “ficción*

*filosófica*". Esa ficción filosófica, más que un estilo, es un modo de pensar y encontrarse en el mundo, (...) Por lo tanto, retomando las ficciones de Eisenman estamos ante un procedimiento o una forma de aproximación a la realidad que precisa de la definición de mecanismos o filtros que resuelvan su comprensión. Finalmente, lo que inicialmente parece un recurso artificioso, irreal, termina por convertirse en certeza. Trasladándolo al método científico estaríamos ante la definición de la hipótesis de partida a partir de la cual pasar a la experimentación que nos permita obtener resultados, siempre en la búsqueda de certezas que nos permitan acercarnos a la idea de "verdad".

La memoria se plantea como una ficción que filtra la interpretación del objeto patrimonial. Se trata de proporcionar nuevas herramientas de trabajo que, cargadas de una cierta dosis de temporalidad, sean capaces de absorber aquello que entra en juego en este debate con el pasado. La actualización del discurso en la contemporaneidad demanda de nuevos posicionamientos en los que tenga cabida el pasado para lo que se hace imprescindible trabajar desde lo que Latour ha definido como *la construcción social de la ciencia*.

El debate permanentemente vigente sobre la separación entre lo social y lo intelectual es abordado por Latour (1995) a través de un ejercicio de inmersión en un laboratorio, experiencia descrita en su libro "La vida en el laboratorio. La construcción de los hechos científicos", lo que nos va a permitir aclarar la idea de ficción en relación con su significado en el mundo de la ciencia. De esta manera, se reconoce la naturaleza ficticia del proceso científico y la posible identificación del laboratorio como sistema de inscripción gráfica, o casi como texto. Se trata de comprender la ciencia como un proceso proyectivo, en lugar de objetivo, para poder trasladarlo a esta metodología de interpretación propuesta, en la que la "falta de objetividad" no está reñida con "la búsqueda de la verdad" tan reivindicada por los científicos.

Lo patrimonial como construcción social requiere de la ciencia como garante de los procesos. El método científico no puede ser ajeno al manejo de interpretaciones que generan ficciones como certezas, y la importancia de la necesaria disolución disciplinar.

Se constata la necesidad de construir puentes entre la ciencia y lo social. El eterno debate que separa lo "alto" de lo "bajo" de repente encuentra solución en el ejercicio comparativo que se hace entre el método científico y la sociología. No estamos tan alejados y nos parecemos bastante más de lo que creemos, lo que nos diferencia es el laboratorio como espacio de trabajo.

El trabajo de Latour se centra en describir los procesos que tienen lugar en el laboratorio, donde el objetivo final es la construcción de hechos para lo cual se establecen/normalizan mecanismos de generación de inscripciones gráficas que convierten el proceso casi en un texto que busca estructurarse para dar una respuesta ordenada. Los científicos persuaden a la sociedad de tal forma que convencen en relación con la falta de intermediación en su tarea. Quizá aquí está la clave de la aparente diferencia ya que en el patrimonio la tarea es interpretativa/comunicativa, existen mediadores o filtros frente a los objetos patrimoniales.

En este contexto aparecen otra vez los términos ficción y ficticio, de nuevo con un cierto carácter de ambigüedad. Inicialmente comienzan siendo algo imaginario para convertirse en "acuerdo" para construir algo próximo a la idea de verdad. Las convenciones o ficciones definidas en el ámbito científico son trasladadas a la investigación generando indicios o conceptos suficientemente amplios como para representar, en este caso la tarea patrimonial. El ejercicio de develamiento es similar e implica observar y describir para poder interpretar. Incluso se identifica la necesidad de introducir "desplazamientos", como situaciones externas o modificaciones de

contorno, inadmisibles inicialmente en el método científico pero reconocidos por Latour en su estudio. Estos desplazamientos “seriados” generan el conocimiento a partir de las discusiones que se suceden en torno a ellos. Latour reconoce asimismo la importancia de aproximar lo cotidiano a lo científico, algo inicialmente resuelto en la cultura patrimonial sobre todo desde que los llamados Patrimonios Emergentes (contemporáneo, industrial, antropológico, etc.) han entrado en el juego metodológico.

Todo, finalmente, tiene que ver con el lenguaje y con la manera en que se describen los hechos. Para autores como Foucault la ciencia es una forma de ficción o discurso capaz de generar una especie de “efecto verdad”. *El culto a la memoria* podría ser una de esas ficciones necesarias en este momento en el que el mundo ya no es incierto sino gris. Urge seguir pensando a favor de las generaciones futuras y este libro es un magnífico ejemplo.